

Monjas occidentales abrazan el rito oriental y oran por la unidad

IGNACIO SAADÉ

Existen en el Líbano, desde hace seis años, dos comunidades religiosas latinas que adoptaron el rito oriental: unas Clarisas francesas y otras Carmelitas españolas.

Las primeras abrazaron el rito maronita, y viven en medio de un umbroso pinar, en la localidad de Yarzé, a unos 10 kilómetros de Beirut, donde organizan encuentros y retiros ecuménicos para católicos y no católicos, bajo la alta dirección de S. E. Monseñor Ignacio Ziadé, Arzobispo maronita de Beirut. Son unas veinte religiosas, la mayor parte de ellas francesas, empapadas del espíritu de San Francisco y de Santa Clara, ofrecen su vida, dentro del claustro, por la unión de todos los cristianos. Nada tan conforme con el espíritu del "Poverello" de Asís, que amó tan ardientemente a todas las criaturas de Dios.

Las otras, Carmelitas españolas —algunas de ellas pertenecen a la alta sociedad hispana—, se trasladaron al país de los cedros en el año 1962, a requerimiento de S. E. Monseñor Pablo Achkar, Metropolitano griego-católico de Laodicea (Siria), en aquel entonces Superior General de la Congregación de Padres Paulistas. Adoptaron el rito bizantino católico y se establecieron en la montaña de Harissa, a los pies de Nuestra Señora del Líbano, en un paraje que inspira mística y unidad, donde todo habla de Dios y de su infinito amor a los hombres: montañas, valles, árboles y flores, que recuerdan constantemente el verso del Doctor Místico: "Mil gracias derramando, pasó por estos sotos con presura...". Estas monjas españolas —trece en total— viven a la sombra de la Casa Madre de los Padres Paulistas, y están asistidas espiritualmente por ellos. Su gran protector, después de la promoción de Monseñor Achkar a la dignidad episcopal y su traslado a Siria, fue Monseñor Felipe Nabaa, Metropolitano de Beirut, fallecido en el mes de septiembre último, y cuya prematura muerte ha sido

una pérdida irreparable para la causa del ecumenismo en Oriente.

En el recibidor, austero y sencillo, adornan las blancas paredes la oración de Cristo: "Que todos sean uno", la sentencia de San Juan de la Cruz: "A la tarde te examinarán en el amor", y el lema de Teresa de Ahumada: "Solo Dios basta". El retrato de S. B. el Patriarca Máximos IV, junto con el de Monseñor Achkar y el del llorado Monseñor Nabaa, preside este pequeño y sencillo locutorio.

Tanto las hijas de Santa Teresa como las de Santa Clara encontraron en este pequeño país la hospitalidad y la simpatía de sus hijos, sin distinción de cristianos y mahometanos, de tal suerte que, a pesar del poco tiempo que llevan en el Líbano, han podido reclutar algunas vocaciones entre jóvenes libanesas. En las Clarisas han ingresado incluso algunas ortodoxas y musulmanas, atraídas por el testimonio de vida de estas buenas religiosas, y con el ideal de consagrar su vida a la oración y el sacrificio por la unión de todos los hijos de Dios, precisamente sobre esta tierra libanesa integrada por unas quince confesiones religiosas, que hacen del Líbano un verdadero y maravilloso mosaico, por lo cual está llamado a jugar un papel decisivo en el movimiento unionístico, dando al mundo entero un ejemplo vivo de comprensión, de convivencia y de diálogo, como lo dijo, últimamente, Su Santidad el Papa Pablo VI.

Durante mi estancia en el Líbano, no pude menos de realizar una visita a estos dos centros de alta espiritualidad ecuménica, donde no se respira más que amor, oración y sufrimiento por la división de los bautizados. Las Madres Abadesas y algunas de sus religiosas me hablaron, en lenguaje sencillo y ardiente, de sus actividades y de sus esperanzas de ver a todos los cristianos agrupados de nuevo en un solo rebaño bajo un solo pastor. Con esta finalidad han aceptado, gustosamente, abandonar su tierra natal, cambiar su rito y ofrecer su vida en holocausto vivo, en aras de esta gran causa, para vivir más intensamente esta hora postconciliar de la Iglesia que el Espíritu Santo mueve, de una manera casi tangible, hacia la primavera espiritual de la unión de todos en Cristo. Estas religiosas unen sus sacrificios y oraciones a los de todas las almas generosas que forman este inmenso Monasterio Invisible, de que nos habla el Abate Couturier, para enriquecer el tesoro de los méritos de la Iglesia, y para que, un día, el

Señor se digne dar a su Cuerpo Místico la gracia de la plenitud de la unidad, como El quiera y por los medios que El quisiera.

El ecumenismo espiritual no es parte del movimiento ecuménico, sino que es todo el ecumenismo. Cristo fue el primero en practicarlo, en su oración sacerdotal, la víspera de su muerte, dándonos el ejemplo y la pauta de hacer como El. El fundamento de este ecumenismo es la fe en que la Iglesia es la Casa del Padre y que si el Señor no edifica su Casa, trabajan en vano los que la están construyendo. “La Iglesia —dice Jean Guitton— no se sostiene más que sobre la fe. Sin la fe, la caridad no es más que una fraternidad humana. Sin la fe, ¿qué serían los sacramentos? Unos símbolos mágicos. Sin la fe, ¿qué sería la oración? Una vana palabra. Sin la fe, ¿qué es la liturgia? Un teatro sagrado. ¿La confesión? Un psicoanálisis. ¿El catecismo? Una colección de moral y de dogmas absurdos. ¿El Evangelio? Un mito venerable. Sin la fe, ¿qué sería el ecumenismo? Una piadosa comedia, puesto que no podemos unirnos sino en una fe común”.

Esta fe es la que alimenta la esperanza de estas religiosas y las dio fuerza para dejar su patria, como a Abrahán, y ofrecer su vida en sacrificio en tierra extraña por la unión de la Iglesia de Cristo.